

Luis García Montero

Selección de poemas

Libros de poesía del autor

Tristia 1982
El jardín extranjero 1983
Rimado de ciudad 1983
Égloga de los dos rascacielos 1984
En pie de paz 1985
Diario cómplice 1987
Las flores del frío 1991
Habitaciones separadas 1994
Completamente viernes 1998
La intimidad de la serpiente 2003
Vista cansada 2008
Un invierno propio 2011

Homenaje

Algunas pocas cosas te rodean ahora.
Tal vez te creas inmortal
esta noche de mundo,
cuando tu cuerpo no se decide aún
a creer en la historia,
y me miras triste
-cinco años ya vigilándome muda-,
desde la seriedad y la fotografía.

(Aquella noche eras
la sombra hermosa de la vida.
Recordarás el gesto indeciso de tu boca
cuando te sorprendieron, la tímida sonrisa
que he amado tantas noches
y que ahora me espanta.
No sé si fue el alcohol lo que te hizo bella,
si suponía el tiempo la herida que tus labios
le hicieron al champagne,
cuando sólo pedías la pasión de una tregua.

Precisamente entonces
te traicionó el futuro, y ya no fue fugaz
lo que ahora me insiste y me interroga,
como si tú supieras
que yo iba a estar insomne muchos años después
careciendo ante ti de todos los recursos.)

Te recuerdan algunos
protegiendo tus piernas al impudor del viento;
pero yo deseo tus labios de papel,
el rubio corazón que cuelga en las paredes
y que nunca entendió
muy bien lo del suicidio.

Aquí
no es diaria ni justa la existencia.
Bésame y resucita
si es posible. [1]

[1] *El poeta dialoga imaginariamente con Marilyn Monroe, fotografía de un póster colgado en su habitación. El tiempo pasado, cuando la actriz estaba viva, y el tiempo presente desde el que aquel escribe (la edad del que sabe que ha dejado de ser un adolescente) se mezclan en una interrogación acerca del paso del tiempo, el fracaso de las ilusiones y el cumplimiento del deseo como modo de dignificación de la vida.*

El lugar del crimen

Más allá de la sombra
te delatan tus ojos,
y te adivino tersa,
como un mapa extendido
de asombro y de deseo.
Date por muerta
amor,
es un atraco.
Tus labios o la vida. [2]

[2] *El poema recoge un encuentro erótico donde, lejos de cualquier trascendencia, los amantes juegan a que el instante de la entrega y la posesión sea como un atraco gozoso.*

Tristia. 1982

Como cada mañana

Ahora sé
que estas calles nos han hecho solitarios
y nuestro corazón
tiene el pulso amarillo

de las maderas lentas de un tranvía.

Sobre su cuerpo viejo
andábamos despacio, de forma irregular,
con una simetría parecida a los árboles.

Era hermoso acudir
cada mañana
y respetar la cita con la hiedra
del muro,
los ropajes cansados de las casas estrechas
y de las calles sucias. Agradable
cruzar sobre algún puente,
detenerse lo exacto
para ver cómo el agua discute en las orillas.

En su jardín olimos
los primeros inviernos, su curso indefinido
por entre las palmeras.
Casi nadie pasaba,
sólo había
cuarenta sillas rojas
de los bares cerrados y alguna soledad
definitiva.

Durante muchos años,
durante tantos días que pasaron
el uno tras el otro,
el deber era un cierto paseo solitario,
la cita con un rumbo que sólo desviamos
para pisar las horas que caían,
los sueños que faltaban,
la superficie helada de los charcos,
para saltar los setos
o besarnos las uñas moradas por el frío.
Y llegando a la puerta solíamos comprar
pequeños caramelos de nata o de violetas.

Entrábamos por fin para mezclamos
como cada mañana de la vida
con el paso cansado, los azulejos fríos
de un mundo hecho en latín
y números romanos.

Ahora sé
que en aquella ciudad deshabitada
la gente andaba triste,
con una soledad definitiva
llena de abrigos largos y paraguas. [3]

[3] Desde el presente el poeta recuerda la monotonía de sus mañanas escolares, el paseo de casa al colegio. El mundo infantil, registrado por el niño que fue (observador, solitario), se llena de conciencia (de aprendizaje) cuando, ahora, ya muy atrás la infancia, corrobora que el clima moral y anímico que impregnaba aquella ciudad y aquella época todavía perdura en él.

El jardín extranjero. 1983

Nocturno

A Ángel González

Aplauden los semáforos más libres de la noche,
mientras corren cien motos y los frenos del coche
trabajan sin enfado. Es la noche más plena.
Ninguna cosa viva merece su condena.
Corazones y lobos. De pronto se ilumina

en su sillín con prisas la línea femenina
de un muslo. Las aceras, sin discreción ninguna,
persiguen ese muslo más blanco que la luna.
Pasan mil diez parejas derechas a la cama
para pagar el plazo de la primera llama
y firmar en las sábanas los consorcios más bellos.
Ellas van apoyadas en los hombros de ellos.
Una federación de extraños personajes,
minifaldas de cuero, chaquetas con herrajes
y el hablador sonámbulo que va consigo mismo,
la sombra solitaria volviendo del abismo.
Luces almacenadas, que brotan de los bares,
como hiedras contratan las perpendiculares
fachadas de cristal. Hay letreros que guiñan,
altavoces histéricos y cuerpos que se apiñan.
El día es impensable, no tiene voz ni voto
mientras tiemble en la calle el faro de una moto,
la carcajada blanca, los besos, la melena
que el viento negro mueve, esparce y desordena.
Yo voy pensando en ti, buscando las palabras.
Llego a tu casa, llamo, te pido que me abras.
La ciudad de las cuatro tiene pasos de alcohólica
Desde el balcón la veo y como tú, bucólica
geometría perfecta, se desnuda conmigo.
Agradezco su vida, me acerco, te lo digo,
y abrazados seguimos cuando un alba rayada
se desploma en la espalda violeta de Granada. [4]

Rimado de ciudad. 1983

Égloga de los dos rascacielos (fragmento)

A Javier Egea,
cómplice de estupor.

Lamentaban dos dulces rascacielos
la morena razón de su desgracia,
bajo el sol del invierno. Mi ciudad
escuchaba en su voz la ineficacia
de un amor que vencido por los celos
otorga duelo y quita libertad.
Tú, lector de esta Edad,
confundido en la masa,
que al regresar a casa
del trabajo, sin ninguna ilusión,
te detienes un punto en la estación
del Metro, o tú que vuelves con la prensa,
triste de corazón,
en un sucio autobús sin recompensa;
tú, irascible lector, que por la prisa
y a causa de Rutina ya no sientes
querella ni motín, si has olvidado
lo sabio que fue ser adolescentes
con tentación de amor y de sonrisa,
escucha el lamentar desconsolado,
el trágico cuidado
de estos dos edificios,
que perdieron juicios
para ganar entrañas y fatiga
-a pesar de ser hierro, piedra, viga-

[4] *La descripción de una noche urbana de juvenil exaltación, alegría y amor se engarza con la narración del encuentro amoroso del poeta y su pareja, testigos y cómplices dichosos de tal plenitud. El entorno matizadamente naturalizado, el amor flotando en el aire, la "fauna" urbana y ciertas alusiones clasicistas hacen pensar en esta ciudad nocturna como otra versión, de nuevo, modernizada, del locus amoenus de las églogas garcilasianas.*

[5] *El poeta solicita la atención del lector (una persona adulta, sometida a la disciplina triste y agotadora de las ingratas obligaciones cotidianas) antes de comenzar a explicar las penas de amor de dos rascacielos por una seductora joven (suponemos que vive en alguno de ellos). Si las églogas renacentistas amparaban la convención literaria de una confesión amorosa en clave mitológica (protagonizada por pastores y ninfas) para un lector cortesano, este poema parece postular una mitología alternativa y contemporánea,*

por una Ninfa ingrata. Los olvidos
de su dulce enemiga
te confían, lector, enternecidos. [5]

*la de una ninfa, no de ríos y bosques, sino de ciudad y rascacielos
enamorado, para el corazón de un lector de hoy, como cualquiera
de nosotros.*

Égloga de los dos rascacielos. 1984

Son de paz

Vigílate a ti mismo
cuando hables de paz.

Que no lleguen los himnos victoriosos
donde el amor no llega.
Que no te hagan injusto tus verdades
igual que tus mentiras.
Que el miedo no te obligue a ser valiente.
Va contigo la sombra que te ve
cuando cierras los ojos
y miras a otra parte.
Va en silencio contigo tu silencio.
No olvides que el cinismo
flota como un ahogado,
que las guerras crueles
necesitan de ti.

En pie de paz. 1985

*

Como el primer cigarro,
los primeros abrazos. Tú tenías
una pequeña estrella de papel
brillante sobre el pómulo
y ocupabas la escena marginal
donde las fiestas juntan la soledad, la música
o el deseo apacible de un regreso en común,
casi siempre más tarde.

Y no la oscuridad, sino esas horas
que convierten las calles en decorados públicos
para el privado amor,
atravesaron juntas
nuestras posibles sombras fugitivas,
con los cuellos alzados y fumando.
Siluetas con voz,
sombras en las que fue tomando cuerpo
esa historia que hoy somos de verdad,
una vez apostada la paz del corazón.

Aunque también se hicieron

Me persiguen
los teléfonos rotos de Granada,
cuando voy a buscarte
y en las calles enteras están comunicando.

Sumergido en tu voz de caracola,
me gustaría el mar desde una boca
prendida con la mía,

los muebles a nosotros.
Frente a aquella ventana -que no cerraba bien-
en una habitación parecida a la nuestra,
con libros y con cuerpos parecidos,
estuvimos amándonos
bajo el primer bostezo de la ciudad, su aviso,
su arrogante protesta. Yo tenía
una pequeña estrella de papel
brillando sobre el labio.

**

Si yo te comentase que la vida es mentira,
háblame del amor o de tu cuerpo,
de la noche contigo.
Y recuérdame luego
los días que son días porque alguien me ama
o acaso
porque tú me prefieres.

saber que está tranquilo de distancia,
mientras pasan, respiran,
se repliegan
a su instinto de ausencia
los jardines.

En ellos nada existe
desde que te secuestran los veranos.
Sólo yo los habito
por descubrir el rostro
de los enamorados que se besan,

con mis ojos en paro,
mi corazón sin tráfico,
el insomnio que guardan las ciudades de agosto,
y ambulancias secretas como pájaros. [6]

Por septiembre
se te llenan de sótanos los labios
y es relativo el cielo
después de haberte visto preguntarle a la vida.
Pero también el cielo,
arrugado y preciso
como tu cazadora adolescente,
quiere estar entreabierto,

[6] *Es agosto y el poeta, que permanece en la ciudad, echa de menos a su amada, ahora veraneando en la costa. La ciudad es la ausencia, y el teléfono, la insuficiente comunicación. La distancia y la añoranza se hacen malestar, al mismo tiempo, íntimo y urbano: el desorden emocional es el desarreglo del mundo que rodea al enamorado.*

brillar recién amado,
descansando en la hierba
el peso de su larga cabellera de nubes.

Por septiembre
se te llenan de humo los síes en la boca.

Diario cómplice.1987

Canción plastificada

Ni siquiera una leve agitación, tampoco
la extrañeza del último latido.
Yo lo estaba mirando.
No cayó de su rostro
miedo, pudor, una palabra seca
que le avivase el fuego de la muerte.

Sólo clavó los ojos
en la ciudad de luz acristalada,
turbia, como piel de mendigo,
y se adentró por una
respiración más dulce, más secreta.

Pareció que soñaba alguna voz.
Eran preguntas de la policía.

Yo lo estaba mirando.
Hay noches tan oscuras como el plástico
con el que lo taparon de repente. [7]

[7] *El poeta, paseante de la ciudad nocturna, fija su atención en la muerte de un mendigo que es cubierto por un plástico negro. La mirada del poeta capta la del mendigo, clavada en la ciudad, instantes antes de morir, y en sus ojos no adivina aquello que a los "vivos" nos sugiere ese momento terrible sino una suerte de alivio y muchísima soledad, la de un mundo turbio, incomprensible, escindido. El negro de la noche y del plástico adquiere así un valor de dictamen moral.*

Nueva salutación al optimista

Irene no conoce todavía
la palabra resaca.
Descentrada
con el raro bullicio de la gente
que hubo anoche en la casa,
duerme poco, penetra
ese olvido absoluto al que recorro
en mañanas difíciles,

salta por los barrotes
de su horario, se anuncia
con un grito de selva inexplorada,
corre por el pasillo hasta la cama,
de mi pelo se cuelga, con mi espalda fabrica
una pista de baile,
insiste repartida, telefónica,
parece que se escapa por fin, pero regresa
con urgencia de liebre despiadada.
Irene no conoce todavía

la palabra resaca.
Están así las cosas...
Es la primera vez
que la ira no afecta al importuno.
Juro que no repetiré, sé que no debo
acostarme tan tarde, tan borracho,
bajo un sol que ya tenga
mala cara de sueño y aspirina.

Barriada del Pilar

Ellos son diferentes.
Lo saben porque el tiempo detiene su mercado
y pasa sin usuras
ni diezmos de silencio,
por una extraña conspiración de vida.
A las tres de la tarde,
en la pequeña intimidad de un coche,
se apagan los latidos del trabajo,
al ritmo lento de la caravana.

Ellos son diferentes.
El universo frena su mecánica,
de beso en beso, en nube
de piel enrojecida,
porque el amor los marca todavía
al mes de conocerse, los abraza
como paredes húmedas
de pintura reciente.
Y ya no importa el rumbo de las tres
de la tarde, las horas
casi envueltas en papel de regalo,
entre nombres que salen de su antigua rutina,
Barriada del Pilar, ocho kilómetros
por una carretera de semáforos,
coches encadenados, impaciencia
de gente que se cruza y las afueras
de una ciudad sin brillo en la cuneta.

Ellos sin diferentes.
Pasa el amor y deja
sus huellas, es verdad; pero te juro
que también hay nostalgia de uno mismo,
necesidad de abrirse hasta una imagen
más piadosa del mundo.
Si no tenemos prisa, le dice, mientras vuelve
a frenar y la besa
con los ojos cerrados un momento. [8]

[8] *Dos enamorados recientes se ven atrapados en un atasco a la hora del regreso del trabajo. Indiferentes, se prodigan besos y abrazos, ajenos al mundo que los rodea. El habitáculo del automóvil, que les proporciona una intimidad suficiente, a salvo del exterior y del tiempo, no oculta cierta rebeldía humilde de las convicciones contra ese sentimiento de exclusividad, innecesario tal vez en un mundo que fuera más comprensivo y justo, un mundo sin atascos ni nostalgias permanentes de una vida mejor.*

Las flores del frío. 1991

Los espejos

No importa si has dormido poco o mucho,
los espejos de hotel nunca perdonan
y son como animales de montaña
que no aceptan el trato de los hombres.

La luz de los espejos familiares

se apiada de nosotros, sin embargo,
nos ayuda a fingir, y por afecto
o por costumbre llega a perdonarnos.

Yo sé que los espejos son el agua
estancada de un río que se mueve.
Y he visto cómo el sol que reverbera
puede ocultar el cieno de las sombras.

Pero quien mira al fondo de sus ojos
ve las grietas del tiempo, las arañas
de un pasado que surge de improviso
en mañanas de hotel y nos ofende.

Para qué contestar. Cierra los ojos,
porque no hay otra cosa que envejezca
peor que tu mirada. [9]

Primero día de vacaciones

Nadaba yo en el mar y era muy tarde,
justo en ese momento
en que las luces flotan como brasas
de una hoguera rendida
y en el agua se quemaban las preguntas,
los silencios extraños.

Había decidido nadar hasta la boya
roja, la que se esconde como el sol
al otro lado de las barcas.

Muy lejos de la orilla,
solitario y perdido en el crepúsculo,
me adentraba en el mar
sintiendo la inquietud que me conmueve
al adentrarme en un poema
o en una noche larga de amor desconocido.

Y de pronto la vi sobre las aguas.

Una mujer mayor,
de cansada belleza
y el pelo blanco recogido,
se me acercó nadando
con brazadas serenas.
Parecía venir del horizonte.

Al cruzarse conmigo,
se detuvo un momento y me miró a los ojos:
no he venido a buscarte,
no eres tú todavía.

Canción de brujería

Señor compañero, Señor de la noche,
haz que vuelva su rostro
quien no quiso mirarme.

Que sus ojos me busquen
sostenidos y azules
por detrás de la barra.

Que pregunte mi nombre

[9] *El espejo es un símbolo que en la literatura moderna sirve para plantear el problema de la identidad personal, nuestras verdades y mentiras. Se sugiere en el poema una antítesis: el refugio íntimo de los espejos domésticos contra la hostilidad de la vida de los espejos de hotel. Como signos de la conciencia personal, ambos espejos nos interrogan acerca del paso del tiempo, de lo que somos y hemos sido hasta ese instante, obligándonos a aceptar lo que somos detrás de la imagen de lo que queremos ser.*

Me despertó el tumulto del mercado
y el ruido de una moto
que cruzaba la calle con desesperación.
Era media mañana,
el cielo estaba limpio y parecía
una bandera viva
en el mástil de agosto.
Bajé a desayunar a la terraza
del paseo marítimo
y contemplé el bullicio de la gente,
el mar como una balsa,
los cuerpos bajo el sol.

En el periódico
el nombre del ahogado no era el mío.

y se acerque despacio
a pedirme tabaco.

Si prefiere quedarse,
haz que todos se vayan
y este bar se despuable
para dejarnos solos
con la canción más lenta.

Si decide marcharse,
que la luna disponga
su luz en nuestro beso
y que las calles sepan

también dejarnos solos.
Señor compañero, Señor de la noche,

haz que no cante el gallo
sobre los edificios,

que se retrase el día

y que duren tus sombras
el tiempo necesario.

El tiempo que ella tarde en decidirse.

Garcilaso, 1991

Mi alma os ha cortado a su medida,
dice ahora el poema,
con palabras que fueron escritas en un tiempo
de amores cortesanos.

Y en esta habitación del siglo XX,
muy a finales ya,
preparando la clase de mañana,
regresan las palabras sin rumor de caballos,
sin vestidos de corte,
sin palacios.

Junto a Bagdad herido por el fuego,
mi alma te ha cortado a su medida.

Todo cesa de pronto y te imagino
en la ciudad, tu coche, tus vaqueros,
la ley de tus edades,
y tengo miedo de quererte en falso,
porque no sé vivir sino en la apuesta,
abrasado por llamas que arden sin quemarnos
y que son realidad,
aunque los ojos miren la distancia
en los televisores.

A través de los siglos,
saltando por encima de todas las catástrofes,
por encima de títulos y fechas,
las palabras retornan al mundo de los seres vivos,
preguntan por su casa.

Ya sé que no es eterna la poesía,
pero sabe cambiar junto a nosotros,
aparecer vestida con vaqueros,
apoyarse en el hombre que se inventa un amor
y que sufre de amor
cuando está solo. [10]

[10] Este profesor enamorado explora, mientras prepara una clase, el significado actual de un verso de Garcilaso. Las palabras de la poesía no son un adorno ni un altar eterno sino una invitación de vida que nos remite directamente a los sentimientos propios y a la dimensión temporal de nuestros deseos. El artificio de la poesía, su mentira esencial, sirve para que el lector, cada uno de nosotros, reconstruya la verosimilitud de su vida propia (en este caso, una experiencia creíble de la pasión). En la mejor tradición de la poesía moderna, el poema aproxima la temática amorosa y la metapoética.

Figura sin paisaje

He vendido mi alma dos veces al diablo,
por monedas de niebla y curso clandestino
en países que nadie se ha atrevido a fundar.

Un realista que vive el mundo de los sueños,
un soñador que quiere vivir la realidad.

Mal destino es el tuyo.
Así te va.

Poética

Hay momentos también en que dejamos
las palabras de amor y los silencios
para hablar de poesía.
Tú descansas la voz en el pasado
y recuerdas el título de un libro,
la historia de unos versos,
la noche juvenil de algunos cantautores,
la importancia que tienen
poetas y banderas en tu vida.
Yo te hablo de comas y mayúsculas,
de imágenes que sobran o que faltan,
de la necesidad de conseguir un ritmo
que sujete la historia,
igual que con las manos se sujetan
la humedad y los muros de un castillo de arena.
Y recuerdo también algunos versos
en noches donde comas y mayúsculas,
metáforas y ritmos,
calentaron mi casa,
me hicieron compañía,
supieron convencerme
con tu mismo poder de seducción.

Ya sé que otros poetas
se visten de poeta,
van a las oficinas del silencio,
administran los bancos del fulgor,
calculan con esencias
los saldos de sus fondos interiores,
son antorcha de reyes y de dioses

o son lengua de infierno.

Será que tienen alma.
Yo me conformo con tenerte a ti
y con tener conciencia.

Principios y sentimientos

Ni las cartas escritas con palabras de invierno,
ni el puñal que se esconde debajo de una almohada,
ni el ojo del espía, ni las murmuraciones
que cubren como musgo las mesas de camilla,
ni las noches cargadas con pólvora de luna,
ni los lobos en mesas de despacho,
ni las leyes con filo de navaja,
ni el tiempo que deshace lo que levanta el tiempo,
ni las guerras heroicas, ni las paces crueles,
ni el odio de los mapas o de las autopistas,

ni ese reloj de arena que trabaja
en el desesperado abismo de los sueños,
ni la felicidad que es imprudencia,
ni el desamor que es agua envenenada,
ni siquiera la muerte, su voluntad de hielo,
su designio implacable de separarlo todo...

Si todo va bien, o sobre los límites de la poesía

No hay demasiado tráfico,
y si todo va bien tal vez lleguemos
a la hora prevista.
La casa de balcones frente al mar,
antigua y rodeada por edificios sórdidos,
se parece a la luz del mes de octubre.
Como un río, la tarde

sobre los puentes de las autopistas,
y en la espuma del mar desembocan los coches.

La sombra de la casa
discute igual que un padre con su hija
por las evocaciones familiares.
La palabra orgullosa del cemento,
el plástico en la voz de la gran superficie,
las inseguridades, la silenciosa mueca
en los labios cerrados de la hamburguesería
o en la duda del beso,
tiemblan sobre las vigas de lo que ya no existe,
sobre la complicada manera de entender
el chantaje del tiempo.

Hay huellas en las dunas y en las conversaciones.
Cuando lleguemos me preguntarás
por los cañaverales,
por la taberna de tu bisabuelo
y por las redes de los pescadores
hundidos en la niebla. Las preguntas
son a veces arena, tienen forma
de sueño en un anillo de cristal,
de pasado que vuelve con el viento
para mojar sus pies
en la tranquilidad de un paseo nocturno.
Será nuestro presente,
el que nos den las imaginaciones.

Al caminar unidos
sobre un mundo que nunca conociste,
mientras atiendo y calmo
las nuevas exigencias de tu curiosidad,
pensaré, sin decírtelo,
que si todo va bien
alcanzarás orillas que me serán ajenas,
nubes que ya no podré ver,
matrículas extrañas y ciudades
levantadas al filo de un paseo marítimo.
En la espuma del mar desembocan los coches.

Vete a saber lo que depara el tiempo.
Y si todo va bien,
ni siquiera tu voz podrá contármelo. [11]

[11] *El poeta y su hija charlan en el coche mientras se dirigen a una cita en un lugar de playa. El paisaje (degradado) se mete en los sentimientos y evocaciones compartidas igual que estos parecen teñir de dolor y melancolía el mundo, como un escenario, que los rodea. "Palabra en el tiempo" llamó Machado a la poesía. Pasado, presente y futuro se unen en ese rato de intimidad: nada hay escrito de antemano, y el pasado y el presente cargan con sus responsabilidades. Cada experiencia humana es única, y la vida exige un compromiso moral con la incertidumbre, con las preguntas a las que nos convocan la edad y el tiempo que nos ha tocado vivir.*

La intimidad de la serpiente. 2003

Memoria de la felicidad (Playa de Rota)

No es injusta la vida
por estar condenada a cambiarte despacio
como yo te desnudo.

Si no fuese una pobre amistad temblorosa,
un íntimo abordaje,
el tiempo debería permanecer callado
y detrás de la puerta,
para guardar así
la verdad de tu piel y la luz de la tarde.

Desde el jardín, a voces,
los amigos nos piden que bajemos.

Quieren ir hasta el pueblo por la playa.

A las olas que llegan
no les faltan misterios que poner a tus pies,
ni arena que borrar entre tus pasos.
Mi libertad, que todo lo padece
y navega entre dudas posesivas,
al verte caminar va comprendiendo
que si tú te quedases
así, tal como eres,
salvada de las horas,
con tu cabello negro, y con tus ojos,
y con la fe de la madera limpia
que flota en tu mirada,
yo me iría alejando de ti,
cada vez más hundido,
como una luz se aleja por el mar
de una verdad robada por el tiempo.

La vida no es injusta,
aunque esté condenada a cambiarte despacio

como yo te desnudo.

Vente conmigo al frío del invierno.
Deja que todo pase
como pasa una mano por la piel,
como corre la lluvia
por el cristal de un dormitorio.
Allí se puede ser feliz. Incluso
volveremos un día,
descalzos y abrazados en la niebla,
a caminar por esta playa
cuando seamos viento.

Un invierno propio. 2011

La tristeza del mar cabe en un vaso de agua

Los hombres tristes,
que tienen en sus ojos un café de provincias,
que no saben mentir como quien dice,
que se esconden detrás de los periódicos,
que se quedan sentados en su silla
cuando la fiesta baila,
que gastan por zapatos una tarde de lluvia,
que saludan con miedo,
que de pronto una noche se deshacen,
que cantan perseguidos por la risa,
que abrazan, que importunan hasta quedarse solos,
que retornan después a su tristeza
igual que a su pañuelo y a su vaso de agua,
que ven cómo se alejan las novias y los barcos,
esos hombres manchados por las últimas horas
de la ocasión perdida,
se parecen a mí.

Vista cansada. 2008